

para esto compuso un tribunal, cuyos jueces parecían figuras de movimiento, á quienes tiraban de un hilillo, pues no proferían una sola frase, y por mudos movimientos de cabeza perdían ó salvaban los reos. El horror había llegado á tales términos, que antes de Maillard y su jurado solamente se pudo salvar el célebre abate Sicard, que diera, en lo posible, á los mudos un idioma; redimido tal bienhechor de la humanidad, honra de nuestra especie y de su historia, por un relojero, que, al devolver aquella santa vida ajena, estuvo á pique de perder la propia. Después de presentarse Maillard, hubo muchísimos que se salvaron, cuando, si al torrente de sangre no se lanza, ninguno queda vivo. El aquellare fué tan terrible, que muchos aristócratas se fingieron exterminadores, y entre los exterminadores pasaron, ganándose con esta muy hábil maniobra la vida y la libertad.

Algunos ejemplos habrá que aducir en corroboración de tal tesis. Un escritor aristócrata se yerge ante Maillard, confiesa en voz clara y con ademán resuelto su ideal realista, fuera del que nada puede al rostro echársele; Maillard lo perdona, pues dice perseguir actos, no ideas. La señorita Cazotte se presenta con su padre, viejo reaccionario, contra el cual existen graves presunciones de inteligencia con la extranjera irrupción, y por tal modo acaricia en su dolor al padre y con tal elocuencia intercede por él, que se conmueve hasta llorar Maillard y lo salva. Igual sucede con la señorita Sobreuil, quien por amor filial consigue redimir á su padre. Los fantaseos, de que tanto adolece la historia, pretenden no haberlo salvado la cuitada; sino después de haberse bebido un vaso de sangre aristocrática. No hubo vaso, ni hubo tales carneros. Ni siquiera permitió Maillard el juicio; al presentarse con su hija el general de los inválidos, ni estalló acusación ni defensa, ni fallo: redújose todo á una palabra del presidente, quien, viendo las canas del padre junto á los rizos de la hija, como fruto que se desgrana junto á brote que verdea, exclamó: «¡no matemos á un anciano!» Y con esta palabra lo salvó. Muchas veces, tras cualquiera de tales salvamentos, iban los comuneros al Tribunal con gesto de ira, en son de amenaza. Pero Maillard los miraba con un mirar imperioso y se volvían de piedra. El célebre naturalista filósofo, Saint-Hilaire, predecesor de Darwin en el sistema de su evolución, salvó merced á estas incertidumbres y á estas interrupciones en la matanza, muchos desgraciados, que debieron vida larga en este mundo al gran revelador de la vida universal. Así obtuvo el perdón de su maestro, aquel célebre físico, Hayuai, estudiado por las escuelas en materia de cristalización y de cristalografía. Veintidós años tenía entonces el joven Saint-Hilaire, destinado á la inmortalidad en los anales históricos de la ciencia. Y sus maestros estaban todos presos y á todos quiso redimir aun á costa de su propia sangre y de su propia vida. Tronaba el cañón de alarma, tañía la campana de rebato, los verdugos aparecían á racimos por todas partes, comunicándose consignas crueles y afilando sus carníceros cuchillos; pero Saint-Hilaire no se arredra, no; antes por lo contrario, se viste de municipal, penetra en las prisiones señaladas ya para el degüello y dice á los prisioneros

CAPITULO XXXV
U. S. A. B. I.



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

LAS MATANZAS DE SEPTIEMBRE

que le sigan. Estos no se atrevieron; imaginando que no coronaría la fortuna el arrojo; y debilitados por ayunos, por insomnios, por terrores, se quedaron en su puesto. Saint-Hilaire no se desconcertó. Aquella misma noche de horror, toma semejante sabio, en su hereísmo sobrenatural, una escalera, la coloca sobre una pared á dos pasos del centinela comunero; y acurrucado allí más de ocho largas horas, salva á todos aquellos á quienes quería salvar, mostrando que valía tanto por su corazón como por su saber. Y cuenta que no había medio de contener la ira. Y como no había medio de contener la ira, cada una de las cuarenta y dos víctimas que salvó Maillard significa ó representa un milagro. Y el autor de este milagro tiene tanto más precio cuanto que sabe cómo la humanidad y la Historia lo execran por los muertos y no le toman en cuenta jamás los redividos y resucitados al soplo de su pecho y al mandato de su labio. Él debía comprender esta execración, cuando el infeliz desapareció como una sombra, y pocas, muy pocas veces, viósele reaparecer en el escenario de la revolución. Cierto, muy cierto que al poco tiempo aquel hombre que había roto tantos pulmones arrancados á pechos todavía henchidos de vida, sintió sus pulmones en una disnea eternal asfixiarse, por faltarles el aire de los cielos, y que la tisis, matándole de modo prematuro, en la flor de su edad y de su vida, después de fiebres consecutivas terribles, de toses que lo despedazaban, de cuajos sanguinolentos que le salían del pecho y que le obligaban á dejar un rastro rojo por donde quiera que iba, lo hizo malogrado, pues murió al cumplir seis lustros apenas, junto á una mujer, que le amaba y á quien amaba, como si hubieran venido de la eternidad sus víctimas, á consumirlo en el fuego lentísimo de una fiebre semejante á una venganza. Bien es verdad, que diríase acababa en aquel momento la mitad de París degollada por la otra mitad. En el Chatelet había presos comunes, perfectamente guardados por la cárcel, dignos de presidio quizá todos, reo de muerte ninguno. Y como corrieran muchas noticias de que las cárceles se abrirían para expeler los criminales y acogotar sólo á los realistas, aquellos infelices habían preparado sus paquetes de marcha y atendían á todos los pasos creyendo les llevaban la libertad, tan apetecida como el aire. Además acababan de preparar sus respectivas defensas, tomándolas en la memoria para decirlas oralmente, aduciendo que, si bien habían robado, robaran siempre, no á chicos y pobres, á redomados aristócratas. Y «quien roba á un ladrón alcanza cien años de perdón». Imaginaos el horror de aquellas gentes, cuando entran los que aguardaban como redentores convertidos en verdugos. Ya lo hemos dicho; de doscientos, perecieron picados, como toros, mechados como carnes, á sables, á puñales, á picas, á tiros, ciento cincuenta y cinco. Los sables se mellaron en los huesos. A fuerza de vino, los exterminadores pudieron rematar el degüello. En fin, acabemos con tantos horrores. Tal es la matanza de Septiembre, por otro nombre llamada la justicia del pueblo. En los horribles registros de la Comunidad revolucionaria se hallan las cuentas de los verdugos recogidas por el gran Carlyle en su verdaderamente shakesperiana *Historia de*